

Doctor J. E. Manrique.

Entre los muchos aspectos por los cuales puede considerarse la vida científica de nuestro eminente colega doctor JUAN EVANGELISTA MANRIQUE, y cuya contemplación debe servir de estímulo y ejemplo a nuestras generaciones médicas, se encuentra un rasgo notable en el fervoroso entusiasmo con que cultivaba el estudio y ejercicio de su verdadera especialidad: la Ginecología. Habiendo sido MANRIQUE un médico popular como ninguno, teniendo dotes y educación esmerada de internista, conociendo en todas sus ramas los supremos recursos que al alivio del dolor presta la cirugía moderna, y siéndole familiares hasta el extremo las leyes y preceptos del arte del tocólogo, su inclinación irrevocable lo llevaba al cultivo intenso de la Ginecología. A esta rama de la ciencia dedicó la mayor parte de sus desvelos y le sacrificó los mejores años de la vida, recibiendo en cambio, como galardón, repetidos y brillantes triunfos y un puesto de honor entre las más altas intelectualidades colombianas.

Su tesis de doctorado en París, *La operación de Alexander*, le valió el ser laureado por aquella Universidad con la medalla de bronce, distinción que muy pocos logran alcanzar. Era tema de gran actualidad en aquella época el tratamiento de las desviaciones y prolapsos uterinos por el acortamiento de los ligamentos redondos, y MANRIQUE, en su notable trabajo, precisó puntos de importancia referentes a las indicaciones de esta intervención y a su manual operatorio. En tal sentido encontramos

citada esta tesis en obras clásicas, como el *Tratado de Ginecología*, de Pozzi.

Aún nos parece escuchar en la sala de conferencias de la Policlínica fundada hace muchos años por los estimados amigos y malogrados colegas Eduardo Herrera y Lisandro Reyes, el verbo fácil y elegante de MANRIQUE, iniciando a una distinguida juventud, ávida de saber, en los primeros secretos de la Ginecología. Aún resuena en nuestro oído su frase llena de vida y de calor descifrando y exponiendo con sencillez y claridad los más arduos problemas de la ciencia. Su voz amplia y sonora, su mirada inteligente y su rostro severo y bondadoso a un mismo tiempo, formaban un admirable conjunto que subyugaba y le atraía la voluntad de su auditorio.

La obra quirúrgica de MANRIQUE es de todos conocida y apreciada para que se insista en ella, en este corto homenaje a su memoria. Hace muchos años, cuando era considerada como insensata cualquiera intervención que se saliera de lo hasta entonces conocido y practicado, obtuvo ruidosos e inolvidables triunfos en cirugía ginecológica abdominal; más tarde cooperó como el que más y cubrió con su gran prestigio a quienes con entusiasmo fervoroso trabajaban en el mismo sentido.

En la cátedra de Clínica quirúrgica en el Hospital de San Juan de Dios, también trazó ancho surco la palabra y la enseñanza de MANRIQUE; sus discípulos guardarán siempre grato recuerdo de su palabra elocuente, de su experiencia y sagacidad clínicas y de su limpia y correcta habilidad operatoria. En este Hospital también fue la Ginecología su tema favorito, y su labor ha contribuido, sin duda alguna, a dar realce e impulso definitivo en

nuestra patria, a tan importante y necesaria rama de la Medicina.

Cumplimos pues con el deber de colocar un ramo de siemprevivas en la tumba del insigne e inolvidable profesor, cuya desaparición es una positiva pérdida para las ciencias médicas colombianas.

RAFAEL UCRÓS

El doctor Manrique.

Buscaba ansioso en uno de los diarios de Medellín consuelo para mi estado de ánimo, en el conflicto con que la Europa, sobrecogida de súbita locura, amenaza destruir la civilización a que ha llegado la humanidad, conseguida ésta con tanto y tan largo padecer. De repente, lacónico telegrama de Bogotá dice:

«Murió el doctor JUAN E. MANRIQUE en Europa.» Abrumadora descarga eléctrica cruzó mi organismo. Nada más hube de leer. Deja de existir el doctor MANRIQUE cuando apenas había entrado en la edad sosegada y serena de la vida; acababa apenas de completar la educación de sus grandes facultades intelectuales, estaba preparado ya para servir a sus amigos, a la Patria, a la humanidad. Es fatalmente triste la fragilidad de las cosas humanas.

Tengo recuerdos de los años que juntos pasamos en las aulas universitarias y que tendré de conservar como reliquias punzantes y dolorosas de una vida que no volverá.

Poseía el doctor MANRIQUE en el interior de su alma un fondo inagotable de virtudes, herencia de su